

frente del tumulto; pero ya hemos indicado que es misterioso el hecho; Chérest mismo dice que no quiere ocuparse de él por no incurrir en inexactitudes, y por esto no es posible sacar de él consecuencia alguna. Sólo, ya que lo hemos notado, haremos observar que el tumulto estalla en los días de elecciones, que dura varios días, que en el último ocu-

rren los más sensibles trastornos y que al otro día de la represión la calma más absoluta renace, no habiéndose turbado mas que en las calles y plazas que recorrió el tumulto, y que el pretexto fué la actitud reaccionaria de Reveillon, que vino á coincidir con las reuniones del clero.

También debemos observar á este propósito, por



Incendio de la fábrica de Reveillon

lo mismo que todos los historiadores lo han notado, que se atribuye el incendio de la casa de Reveillon á los millares de forragidos que se habían concentrado en París, huyendo de la miseria y hambre de las ciudades y de los campos. En efecto, París estaba atestado de hombres hambrientos y de mala catadura; ¿pero quién los había traído á París? La hambre, dice el mismo Taine, y aunque señala la creación de los *Talleres nacionales* para remediarla, no da á este hecho, el crítico de la Revolución á gusto de los reaccionarios, la importancia decisiva

que tiene el hecho para la concentración dentro de los muros de París de la gran masa de población sin medios de subsistencia, que inspiró una idea generosa pero impolítica.

El granizo había destruído en el otoño de 1788 las cosechas todas de los alrededores de París. Millares de familias carecieron de todo y era indispensable acudir á su auxilio, y el medio que se ideó fué emplear á los que se presentasen en obras públicas dentro de París, dándoles un miserable jornal. Hecho esto público, por todo el reino, de todas partes

acudieron á la capital los necesitados, y por miles se cuentan,—12.000,—los que se emplearon en remover inútilmente la tierra de Montmartre, como dice Sallier. De esta manera penetraron en París millares de familias que no tenían para subsistir mas que el miserable jornal que podía darles el gobierno; ¿qué había, pues, de suceder el día en que el jornal desapareciera, y al quedarse sin él se quedarán dichas familias sin hogar y sin pan? ¿Cómo no había de ser esta una masa manejable mediante algunos centenares de luises, lo mismo por la policía que por los revolucionarios?

La revolución podía, pues, contar en un momento con soldados para su ejército, pero la revolución aún no había tomado forma, no tenía jefes, y los oradores del Palacio real no habían aún pensado en atacar la Bastilla. El ejército se mantenía fiel y adicto á la causa del rey y del orden y el mismo Malouet confiesa que: *con declaraciones francamente liberales se hubiese satisfecho lo mismo á los soldados que á los ciudadanos.*

Dejémonos, pues, de inventar excusas y atengámonos á esa afirmación de un realista de toda la vida, de un hombre á quien hemos visto siempre tan resuelto como prudente en el consejo. Si la corte en vez de conspirar se hubiese declarado francamente liberal, el cataclismo revolucionario se hubiera evitado. Si no se evitó fué, porque la revolución estaba en la corte. La conducta impolítica de los amigos de la reina y del conde de Artois, ¿no era la más revolucionaria? ¿Las exageraciones de los despechados por los resultados de las elecciones, no constituían un peligro? ¿No llamaban á la revolución esas mismas masas que daban horror al antiguo régimen, á esos brutos como dice Taine en su académico lenguaje; brutos, sí, porque el antiguo régimen sólo pudo existir durante miles de años gracias á ese embrutecimiento que es su obra?

Veamos esto claro porque el antiguo régimen al morir se lleva en odio á lo que aún de él subsiste y que no ha sido bastante á salvarlo el secreto de su fuerza y de su omnipotencia. La revolución del día está hecha. De la revolución de mañana, de la revolución del siglo XIX, los privilegiados, el antiguo régimen redactó el programa. Veamos cómo, en dónde y cuándo.

La Asamblea de Romans había terminado sus tareas con la elección de los diputados de los *Estados generales*. Siete días se necesitaron para la elección. El primer día no dió resultado alguno la votación. En el segundo salió elegido Mounier, á quien habían precedido el obispo de Vienne, Lefranc de Pompignan, dos marqueses y un conde. Barnave fué elegido en décimo lugar. Por reñidas que fueran

las votaciones, nadie pudo notar el menor síntoma de discordia. Pero una vez terminadas, la discordia estalla violenta como nunca.

Dió la señal el Parlamento por considerar que había sido postergado, como si los electores tuvieran obligación alguna con él, y tan cierto es que nadie se creía obligado con los parlamentarios, que las dos veces que intentó encender la tea de la discordia, el pueblo de Grenoble se la hizo apagar más que de prisa. Pero sus auxiliares fueron más enérgicos.

Chérest dice:—«Una parte de la aristocracia del finesa siguió el ejemplo del Parlamento de Grenoble, y más enérgica que él, no se dejó intimidar por las amenazas, ni por las injurias que provocó su defección. A la cabeza de los disidentes de la última hora se colocó el arzobispo de Embrun, prelado inquieto, ambicioso y mal reputado. Hasta aquel momento había como miembro de los Estados provinciales, afectado ideas liberales. Luégo que no se pudo hacer nombrar miembro de los *Estados generales* pretendió que había reconocido sus errores, no descuidando, según él mismo decía, medio alguno para repararlos.» A este fin, después de haber asediado en vano al gobierno se dirigió á los *Estados generales* seguido de algunos eclesiásticos y nobles en forma de una larga Memoria,—«en la cual denunciaban como ilegales todos los actos emanados de las Asambleas del finesas, concluyendo á la nulidad de las elecciones, cumplidas en virtud de esos actos. Hay en ese *factum*, más pasión que justicia, y el sentimiento del interés personal tiene en él mayor parte que el del interés público. Sin embargo, de las críticas á que se entrega, sale una verdad incontestable, y es que los promovedores de la revolución en el Delfinado, echarán á menudo á perder su causa por el ardor que pusieron en su triunfo...»

«Los *Estados generales* dieron á la Memoria del obispo de Embrun y de sus adherentes la misma importancia que merecieron del ministro los nueve eclesiásticos y los 83 nobles que antes se le habían dirigido. Los Estados se apresuraron también á pasar la esponja por las irregularidades cometidas. Pero la Memoria dió ocasión á sus redactores para volver sobre la tesis ya sostenida en favor del sufragio universal, y no la dejaron pasar. Acusaron á Mounier y á sus amigos de haber inaugurado el régimen censitario con un fin egoísta; «para concentrar la representación del pueblo entre las manos de algunos ambiciosos. No se puede menos de considerar como cosa muy singular el que, esta provincia que tantas pruebas dió de patriotismo al reunirse la Asamblea de Vizille, no haya hecho caso

alguno del título sagrado de ciudadano, cuando ha pretendido reunirse en Asamblea en Romans, donde sólo la riqueza ha obtenido alguna consideración.» En fin, no temieron arrojar en el espíritu del Tercer estado el germen de una división más temible que el que había separado á los tres órdenes. Para coronar su obra deslizaron la siguiente observación:—«La constitución del Delfinado había merecido durante algún tiempo el epíteto de *popular*, pero al presente no se la califica mas que de *burguesa*: nosotros creemos esencial esta observación para dirigir el juicio de aquellos que se llaman

populares, porque es de buen tono, como antes lo fué, llamarse filósofo, químico, gluckista, mesmeriano ó martinista.» Después de haber lanzado este dardo; podían el arzobispo de Embrun y sus adherentes dejar al porvenir el cuidado de su venganza. Pronto á la lucha del Tercer estado contra las órdenes superiores, sucederá la lucha del pueblo contra la burguesía. ¡Todavía dura esta lucha nefasta!... ¡Quién se imaginaría que uno de los primeros rastros conocidos de su origen, se encuentra en la obra de un prelado y de algunos hidalgos descontentos!—Chérest.

FIN DEL TOMO PRIMERO

